

La dictadura de la “felicidad”

Susanna Tamaro*



Escribo sobre uno de los desafíos que nuestro momento histórico plantea a la misión educativa de la Compañía de María y que se me ha pedido comentar: **“Apresurémonos a recorrer caminos de anuncio y canto agradecido”**.

Al igual que el XV Capítulo General, miro nuestro mundo y los seres que lo habitan, con mirada profunda y atenta, con humildad y estupor... Y al tratar de descubrir en los escenarios cotidianos de nuestro vivir qué contenido damos a la palabra “felicidad” y cómo vivir la vida como don que se agradece, me surge compartir desde mi propia experiencia.

Por naturaleza soy una persona curiosa y pragmática. Me gusta mucho estudiar y reflexionar, pero también me gusta confrontarme con la “física” de la materia. Por eso, hace ya muchos años, me dedico a la educación del cuerpo y a la relación profunda y misteriosa que une el cuerpo a la mente.

Así mi mirada sobre la realidad no es la de quien tiene una teoría y, a través de la misma, la interpreta, sino que va directamente a la realidad primaria, casi fisiológica diría, de la existencia.

Es esta mirada la que me permite percibir el sufrimiento en el entorno y me hace ser serenamente pesimista. Aunque todos hablen de felicidad y de realización, lo que exhala sobre nuestros días es un viento de turbación y de desesperación, un viento que nos hace aferrarnos a cualquier cosa, con tal de huir del remolino negro que llevamos dentro.

Hace algunas semanas, estaba sentada en un banco, en una zona periférica y de mucho tráfico de Roma. Una fila continua de paseantes de muchos y variados colores desfilaba delante mis ojos.

La luz de la puesta del sol doraba los últimos planos de los grandes edificios, como si fueran rocas de un cañón. Un jumbo con el fondo plateado estaba aterrizando en la capital, mientras el vuelo ruidoso de un par de gaviotas reales surcaba la última franja azul en el cielo.

Al lado del banco donde estaba, tercas florecillas color rosa surgían entre las hojas de dos graciosas adelfas, sostenidas por un protector oxidado. Me golpea siempre que veo sobrevivir algo en medio del asfalto y la basura. Así que he mirado alrededor y he tratado de comprender si alguien más se había dado cuenta de aquella gratuita ofrenda de belleza. Inútilmente.

La muchedumbre continuaba su marcha. Una marcha taciturna, opaca, indiferente a las florecillas de la adelfa y al mal olor de los tubos de escape, indiferente a la mirada al otro y al gajo de cielo invadido por la luz dorada del atardecer, indiferente a aquel mirlo que un poco más allá, desde la cumbre de un encogido aligustre, con una cascada melodiosa, se ponía en guardia. “¡Atención! ¡Este es mi territorio!”

* **Escritora italiana. Sus obras están traducidas a 44 lenguas y han sido divulgadas en 80 países. Creyente, siempre en búsqueda.**

¿A qué territorio pertenecían aquellos rostros? Me pregunté: ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? ¿Qué ven? ¿Qué escuchan?

Más tarde, en el autobús que me llevaba de vuelta a casa, he comprendido: vivimos en una gran planicie, en la cual la historia ha sido abolida.

La historia, las historias, todo aquello que manifiesta su existencia transformándose progresivamente a través del tiempo... nada más cuenta el pasado, nada más construye el futuro. El tiempo existe solamente en función del instante consumado y vacío de la materia y de lo poseído.

Me volvió entonces a la mente el título del libro de Nicolai Gogol, *Las almas muertas*. Nuestra tribu, la tribu de las almas muertas, se cree un modelo máximo de civilización; por eso el altísimo nivel de libertad, del que goza cada individuo en particular, se propone como ejemplo para ser imitado por los mundos más lejanos.

Lleguen a ser como nosotros y serán felices. Sean gentiles, tolerantes, democráticos, convencidos de la bondad natural del ser humano. Por eso experimentamos indignación y horror cuando esta bondad se ve traicionada y nuestros semejantes se transforman en fieras. Y nos preguntamos atónitos, ¿cómo es posible llegar a tanto? Entonces hacemos apelaciones, manifiestos, participamos en mesas redondas, manifestamos nuestra superior civilización en todo tipo de mass media.

Aplacada el ansia con estas públicas actividades propiciatorias, volvemos serenos a nuestras pequeñas batallas cotidianas.

¿Contra qué luchamos? Principalmente contra la celulitis, el colesterol y la dilatación de nuestros cuerpos bajo la doble y perversa presión de la fuerza de gravedad y del tiempo.

Luchamos por permanecer jóvenes y bellos, para que la vida sea un eterno presente, una réplica de "polaroid" perfecta. Para ayudar en este proceso, modificamos inclusive las relaciones a nuestro alrededor. Los padres se hacen llamar por sus hijos con el nombre de bautismo y los abuelos, en el mejor de los casos, se transforman en tíos. Nadie debe ser lo que es, lo que la naturaleza le impone ser. En vez del cumplimiento escogemos la apariencia y en vez del vínculo, la libertad. O aquello que creemos que sea la libertad, porque es evidente que la libertad está muy lejos de esta opción.

Vivimos ya en un mundo antihistórico, un mundo en el cual se goza el instante. Nos consolamos diciéndonos que inclusive los filósofos orientales reconocen el instante como momento supremo, olvidando que en aquellas filosofías – como el taoísmo, por ejemplo – el bien supremo está identificado con la adhesión a los ciclos de la naturaleza. Sólo siguiendo armoniosamente las leyes de la tierra y del cielo, el hombre encuentra su realización y no en la imitación de grupos de monos que viven dando alaridos en las cimas de los árboles.

El hombre occidental ha cortado completamente el vínculo con el cielo y con el misterio que lo une a la tierra y al cielo. La ruptura con este vínculo lo ha conducido a una especie de ceguera. No sabe ya verse a sí mismo, ya no sabe oír a los demás, no sabe ya escucharse. Los pensamientos y la voluntad, con un ritmo obsesivo, están constantemente puestos sobre la imagen de un "nosotros" como "deber ser" -o como se nos dice que tendríamos que ser-, según los dictámenes de aquella entidad despersonalizada y casi omnipotente que domina nuestro tiempo: la comunicación de masas.

Observar desde fuera la gran cantidad de noticias que todos los días se nos ofrecen a través de la televisión, la radio, los periódicos, el internet, me hace pensar que todo esto no es demasiado diferente de una habladería planetaria de país. Un evento acaecido en un país muy lejano ocupa por días y días nuestra vida, suscita nuestra

indignación, nos afecta profundamente y es capaz de borrar completamente nuestra humilde realidad cotidiana.

Vivimos proyectados en una realidad virtual, manipulada por los diversos pasajes periodísticos y mediáticos y no somos ya capaces de cultivar una mirada original, de tomar la unidad de nuestra vida como don, como construcción de un proyecto capaz de mejorarnos y de mejorar el pequeño gajo de mundo a nuestro alrededor. La única responsabilidad reconocida consiste en indignarse y horrorizarse ante una platea posiblemente vasta y mediática.

La añoranza del tiempo que nos ha precedido es una constante del ánimo y de la historia humana. Llegados a una cierta edad, nos convencemos de que la sociedad está ya en el abismo de una irresistible decadencia, que las jóvenes generaciones son generaciones de huidos, de ineptos, de criaturas privadas de médula ósea. Si de verdad fuera así, el mundo ya habría desaparecido.

Sin embargo, a pesar de lo evidente de este lugar común, no se debe caer en la trampa contraria, la de no saber captar las diferencias de los tiempos. Solamente a partir de las diferencias puede nacer la crítica y de la crítica, la percepción de lo que es positivo, lo que vale la pena llevar adelante.

La gran fractura – que hace el discurso diferente y más complejo - es justo el advenimiento de los medios de comunicación. El año 1957, dos años después del nacimiento de la televisión, los inscritos eran entre 67.300 y 80.000 en una población de más de 50 millones de habitantes. Hoy prácticamente todos son considerados, desde que nacen, teleusuarios. Cada año recibo una carta poco gentil de la oficina de inscripción RAI para pedirme que pague la inscripción de un aparato que continúo sin tener. En fin, existir y no poseer incluso un televisor no se concibe.

La irrupción de los mass media en nuestra civilización ha creado una fractura en el desarrollo de la humanidad, a la que, a mi manera de entender, no se ha dado suficiente atención.

Hubo un tiempo, en la vida del hombre, en el que existieron momentos naturales de silencio y de contemplación. Ahora ya no es así, en cualquier lugar donde estemos, donde nos encontremos, estamos arrollados por un constante rumor, trastornados por una cantidad de aparatos que hablan en nuestros oídos, de imágenes que golpean nuestros ojos. Palabras e imágenes que quizás no deseamos, pero que sin embargo nos afectan, modificando nuestra capacidad de percepción y de análisis. Lo hacen solapadamente, induciéndonos a pensar lo que se quiere que se piense.

El hombre moderno es el hombre de la fragmentación, el hombre que vive constantemente sobre un escenario, que está sujeto a alimentar pensamientos y palabras sugeridas de manera sutil, en el socavón de un camino descendente.

Hace años que voy diciendo -“voz que grita en el desierto”- que la televisión es veneno para los niños, no por una cuestión de moralismo, del cual me considero inmune, sino porque, en mentes todavía no formadas, el uso del “zapping” tritura la capacidad de seguir el hilo lógico, por lo tanto, anula la posibilidad de aprender.

La incapacidad de seguir una historia se transforma en la imposibilidad de concluir un razonamiento, de captar el nexo entre las acciones y sus consecuencias.

Para muchos intelectuales, la televisión es considerada como una riqueza para las jóvenes generaciones, capaz de abrir una ventana al mundo. Probablemente, para sus hijos, es verdaderamente así, porque están en condiciones de integrarla con razonamientos y reglas que hacen del medio, si no algo positivo, al menos algo neutro. Pero se trata de la experiencia de una élite, que no incide sobre la mayoría de los niños, abandonados por horas y horas delante de la pantalla.

Habiendo frecuentado muchas escuelas y hablado con muchos maestros, me he dado cuenta de que, en los últimos años, la reducción del tiempo de atención ha aumentado alarmantemente. Si aún consiguen formular, a duras penas, una pregunta, los niños ya no tienen ni la capacidad ni la energía de recibir la respuesta.

La fruición epidérmica de la vida – que nos viene constantemente propuesta por los mass media – condenará a una gran parte de la civilización contemporánea al destino del “*lemming*”, aquellos pequeños roedores que, en masa, por razones desconocidas, se tiran al mar desde las escolleras del norte de Europa. Así nuestros niños, que no han conseguido hacerse adultos, porque se les ha robado su capacidad de aprender y madurar, de luchar, de comprender la gran riqueza de la vida, no podrán hacer otra cosa que dirigirse en masa adonde la gran antena de los mass media les indicará que deben ir.

En realidad, a pesar de que nuestra civilización altamente democrática continúe decantándose, vivimos en una invisible e implacable dictadura. La dictadura de la felicidad.

¿No es este acaso el becerro de oro de nuestros tiempos? Ser felices.

Pero ¿qué es la felicidad?

El mensaje que nos viene obsesivamente propuesto por los mass media es el de la posesión, del consumo de los bienes materiales, de la satisfacción inmediata de todas las pulsiones.

En este sentido, el tiempo que se está preparando tiene características de extraordinaria pobreza. Poesía, pintura, música ya han desaparecido prácticamente de nuestros horizontes educativos. Sin embargo, es justamente esta capacidad de imaginar la belleza, de reproducirla y de reconocerla, el rasgo distintivo del ser humano.

La única dimensión que parece aceptada y calificada es la de la habladuría.

No teniendo la felicidad y sin la sospecha de que esta condición pueda surgir de nuestro interior, de una sana relación con el cielo y con la tierra, no nos resta sino aferrarnos – en los pocos espacios dejados libres por el entretenimiento – a la otra gran dinámica de nuestros tiempos: la reivindicación.

Hojeando cualquier periódico – en cualquier día del año – uno se da cuenta de que nuestro país está cubierto por muchos móradas que siguen el inflexible principio de la autoreferencia.

Vivimos en una sociedad aterrorizada por el cambio y por lo tanto enemiga de la vida, porque la vida es cambio.

No existiendo ya reglas interiores y no sabiendo ya colocar el propio destino en el destino más grande del universo; no conociendo otra ley que la de la satisfacción de los propios instintos, nos hemos transformado en pobres criaturas y, más que pobres, miedosas.

Vivimos defendiéndonos de todo y de todos, constantemente tensos, prontos para el ataque, como un perro hambriento que defiende su presa.

Esta condición nos lleva incluso a estar extraordinariamente solos, porque si el otro es el enemigo, ¿de quién entonces nos podremos fiar?

He aquí la otra gran contradicción. Podemos comunicarnos de muchas formas, pero estamos desesperadamente solos. El tejido social está pulverizado, la idea de pertenecer a un sistema civil complejo, que requiere de nuestra parte responsabilidad, generosidad y participación para construir un futuro mejor, es considerado ya asunto de hace doscientos años.

Una de las cosas que más me golpea – y me hace sufrir – en nuestro país es el total descuido hacia las jóvenes generaciones. El sistema escolar, víctima de la demagogia de las varias orientaciones políticas, está prácticamente destruido.

La mayor parte de las familias, fustigadas por psicólogos, sociólogos, sexólogos y profetas massmediáticos, ha echado a perder aquel buen sentido educativo que por milenios ha sido el fundamento que ha sostenido la sociedad.

Los jóvenes parecen exteriormente seguros, pero internamente, están fragilísimos, incapaces de luchar, de afrontar siquiera una frustración. Viven en un estado larval hasta prácticamente la madurez, arrollados en la tibieza de un ambiente que todo concede y nada pretende. Viven esperando que la vida llegue: el trabajo, la casa, el matrimonio, sin darse cuenta de que esperando, la vida, en gran parte, ya se ha ido.

La sociedad de las reivindicaciones y el mundo del trabajo tienen una fuerte responsabilidad en esta derrota, porque son los primeros en negar a no pocos jóvenes de valor y de talento – investigadores, estudiosos, artistas, cuentistas – la posibilidad de ponerse a prueba y de realizarse, obligándolos a un limbo de frustrantes esperas. Los jóvenes parecen existir únicamente como consumidores o como destinatarios de las varias demagogias electorales.

Los jóvenes están aburridos, desilusionados, enfadados y tienen toda la razón para estar así, porque nuestra sociedad los ha tratado siempre como cajitas -elegantes, desinfectados, limpios- pero siempre cajitas. Desde la más temprana edad, de hecho, sus mentes y sus corazones han sido bombardeados por una avalancha de vulgaridades y de violencia. Los han convencido de que solo la ley del más fuerte los puede llevar a vencer y que el fin justifica siempre los medios.

Nadie parece ya escandalizarse por eso, nadie parece acordarse ya de que el niño es una criatura frágil, un ser en formación, y que de esta formación dependerá su futuro y el de la sociedad.

Escandalizar a los pequeños no encuentra perdón ni en el mismo Evangelio y es la mejor manera de prepararles un futuro catastrófico.

Escribir libros -y libros muy leídos- me ha dado la posibilidad, en estos años, de entrar en contacto con un grandísimo número de personas. Personas activas, capaces, apasionantes, deseosas de cambiar y mejorar.

Estas personas no aparecen nunca en el telediario, en la prensa, en el mundo de los mass media, pero son justo ellas las que mantienen en pie el país: la maestra que ama enseñar, el médico atento y cuidadoso, el librero que aprecia los libros, y tantos voluntarios que dedican sus energías y su tiempo, no a la reivindicación, sino a la construcción. Construcción de un bien común, de un sentir común.

Son precisamente estas personas -personas que no persiguen el becerro de oro de la eterna felicidad, sino que construyen el hoy para un mañana y dedican su tiempo en defensa de la unicidad del ser humano- las que deben encargarse de hacer germinar las semillas de un nuevo modo de sentir y de afrontar la vida, ofreciendo a los niños y jóvenes, las armas interiores necesarias para compensar el potente y nefasto influjo de los mass media.

Además del inglés empresarial o del internet, sería necesario introducir, desde la enseñanza elemental, horas de silencio y de meditación, horas de observación y de concentración, porque una mente que revolotea de aquí para allá como un loro asustado, es una mente perfectamente inútil.

Es necesario volver a ser modelos de vida para los jóvenes, personas dignas de ser admiradas, emuladas, y no estandartes asustados por la decadencia. Sin silencio, sin ética, sin capacidad de hacer proyectos no se construye la plenitud del ser humano.

En tiempos negativos como el nuestro, en el que la vulgaridad, el desaliño y la brutalidad tienen el cetro de reina, es necesario traer de nuevo el discurso sobre la persona como criatura noble, que realiza su destino a medida que evoluciona y no cuando se embrutece.

Las personas de buena voluntad deben incidir, cada una en su campo, para traer de nuevo la centralidad del discurso sobre el hombre como complejidad, y sobre la complejidad como riqueza.

Deben conocer y reafirmar que en el saber crear relaciones está el dato fundante del ser humano, y que esto implica siempre la apertura, la capacidad de acoger en vez de rechazar.

La persona rica es la persona humilde, es la persona que observa siempre con estupor las cosas que la rodean, porque la maravilla es el estado de las miradas – y de los corazones – que se renuevan cada día.